

La ruta del terror



En India, los atascos son tan densos, que resultarían hilarantes si no fuera tu propia vida la que está en juego. Los camiones más grandes llevan un curioso cartel: "All India Permit". Tienen permiso para sembrar el terror por todo el país. Por suerte, al final de la etapa me esperaba la tranquilidad nepalí.

■ @MIQUELSILVESTRE

Las carreteras son humor negro, pero las ciudades resultan puro sarcasmo. Es casi imposible atravesarlas. Un millón de pequeñas motos taponan cualquier aliviadero. Resulta asombroso cómo conducen. Toda la familia viaja en la misma motocicleta. Tres, cuatro o hasta cinco miembros. Ninguno lleva casco. ¿Para qué? Nada parece importar en un país donde la mortalidad vial ha de ser más que escalofriante. Parece no preocuparles lo más mínimo. Esta gente, sin duda, cree en la reencarnación. Viniendo de Goa, al cruzar la frontera del estado de Karnataka, parece como viajar hacia atrás veinte años. Las mismas palmeras y selvas, los mismos ríos y montes, pero una diferencia esencial: aquí se ven las playas. No hay barreras de hormigón ni toneladas de basura. Gokarna es un pueblo sagrado, centro de peregrinación. Aunque esto no lo convierte en algo realmente especial, porque en India, de cada dos pueblos, uno es sagrado y el otro casi. Lo que de verdad aquí vale la pena es la poca conocida playa de Om, uno de esos paraísos de postal con los cocoteros al borde del agua y las puestas de sol más asombrosas. Nos dirigimos a los famosos y salvajes Ghats Occidentales, cadena montañosa que atraviesa India de norte a sur a lo largo de 1.600 km, desde el río Tapti hasta Cabo Cormorán. La ruta asciende unas colinas selváticas, frondosas, exuberantes de lianas, palmeras y robles. El templo Chennakesava de Belur es rico, ornamentado, alto y magnífico. En la fachada no queda hueco libre entre tanta escultura de fascinante detalle. Obra maestra del siglo XI, fue construido por el rey Vishnuvardhana para glorificar la victoria de la dinastía Hoysala sobre el enemigo Tamil. Mirándolo parece imposible que los mismos que levantaron esta maravilla sean los que empuercan su propio país sin ningún remordimiento. Si hay una causa planetaria digna de apoyo, es convencer a la humanidad de que la basura no es un objeto decorativo. Se extiende ante nosotros una planicie de cocoteros y vacas sueltas. Algunos bueyes tiran de carros. Tienen unos largos cuernos pintados de colores. Estamos en el estado de Tamil Nadu. La entrada en su capital, Chennai, es devastadora. Plena hora punta, calor y desorientación. Al final conseguimos llegar al mar. Seguimos la línea costera. La playa es inmensa, plana y ancha. Encontramos hotel en las cercanías de la basílica del apóstol Santo Tomás, muerto aquí en el año 52. A partir de aquí, Alicia y yo nos separamos. Ella embarca la BMW a Australia y yo cruzaré toda Asia para intentar ser el primer español en llegar a Filipinas en moto. Mi objetivo ahora es Nepal, a más de 2.500 km.



Lo inusual es ver una carretera así de tranquila. Triciclos, bicicletas y animales suelen poblar este medio.



Si éste es el aspecto del mesonero del hotel, podéis imaginar cómo eran las habitaciones...



Las infraestructuras no suelen ser demasiado sólidas o, al menos, correctamente ejecutadas...

Calcuta no se terminaba nunca, y el atasco tampoco. Circulé durante muchos, muchos kilómetros por calles atestadas de tráfico, baches, camiones, bicicletas, personas, humo...

"Por favor", pensé al ver aquel voluminoso objeto en el asfalto, "que sea una mierda de vaca y no una piedra". Me había despistado sólo medio segundo, pero a la velocidad que circulaba, no más de ochenta y cinco por hora, me resultaba imposible esquivarlo o frenar. Tenía que pasar por encima. Si era un terrón de barro y guijarros o una roca, estaba acabado.

Afortunadamente, era mierda. Llevo ya más de un mes aquí y he aprendido a odiar este país por los grandes detalles como la basura, la polución o el tráfico, pero también por los pequeños, por la convivencia día a día con los indios. Inmediatamente te rodean y te someten a un interrogatorio de consumo, precio y velocidad. ¿Cuánto consume?,

¿cuánto cuesta?, ¿cuánto corre? Calcuta es enorme, la divide el río Hugli. Cruzo un largo puente y localizo un hotel barato. La comida arde. Protesto, el camarero contesta que adora el picante, que masca chicle verde. Lo dice con orgullo, como si fuera un signo de virilidad, como si eso lo hiciera diferente. ¿Diferente a quién? Todos aquí aman el picante.

Rumbo a Nepal

Si alguna vez tienes la tentación de pensar que has visto lo peor de algo, de cualquier cosa, que el desastre padecido es imposible de superar y que de ahí en adelante sólo se puede ir a mejor, el destino te pegará tremenda



Pelo negro y aceitoso, tez oscura, aspecto desenfadado, siempre sonrientes...



Encontrarse carros tumbados y camiones volcados es habitual.

Allá donde paro siempre sufro el acoso indio: "¿Cuánto cuesta?, ¿cuánto vale?, ¿cuánto corre?"...

patada. Estoy en Bengala Occidental y hoy está siendo, sin duda, el peor día de mi vida como motorista. Pero no me hago ilusiones, seguro que mañana hará bueno lo vivido hoy. Calcuta no se terminaba nunca y el atasco tampoco. Circulé durante muchos kilómetros por calles atestadas de tráfico, baches, camiones, bicicletas, personas, humo. Ese humo de basura quemada que invade la atmósfera haciéndola repulsiva. India es también eso. La dictadura de los olores. De los mejores perfumes, el del incienso y la comida, se pasa al de los vertederos o las letrinas sin solución de continuidad. No hay un momento de descanso. En India huele siempre a algo, sea horrible o maravilloso. Entonces me di cuenta. Había salido

Cuando consigo llegar a la frontera de Nepal son las 3 de la tarde. He batido un récord: 300 km indios en siete horas...

de Calcuta hacía tiempo. Lo que yo tomaba por calle atestada era en realidad la carretera. Lo que creía que era ciudad era un despoblado. El despoblado más poblado del planeta. Me esperaban 300 km de travesía luchando con conductores que la tomaban por autopista. Ni un solo tramo ha sido despejado, ni un solo segundo de relajación. Jamás he visto nada similar, irracional y pasmoso incluso para India. Con un asfalto hecho trizas y doscientas

cincuenta personas por kilómetro, el día ha sido demencial, surrealista, incomprensible. Los vehículos pesados zigzaguean para evitar los baches y los pequeños se arrojan a los arcones si les da tiempo. Los humildes pasajeros que viajan sobre estos coches desbocados saldrán disparados hacia una muerte segura al más ligero golpe. He visto que dos camiones iban directamente el uno contra el otro. La colisión era inevitable. Se oía el traqueteo que sus piezas de metal



Esto es una carretera india en la gran mayoría de los casos...



Por suerte, no todo es deprimente en la India. Aún hay muchas cosas bellas.

hacen al rodar sobre los baches a toda velocidad. En el último momento, ambos han conseguido frenar y se han detenido a escasos centímetros uno del otro. He observado a los conductores respectivos esperando alguna reacción violenta, pero ni se han mirado. Han dado marcha atrás para maniobrar y seguir cada uno por su camino. Ni una pérdida de tiempo en discutir o en reprochar. ¿Para qué? Y entonces se hizo de noche y de la oscuridad nació el más inmenso embotellamiento de camiones que nunca haya visto. Intento encontrar hueco a pesar de mis anchas maletas. Ora por el arcén, ora entre ellos, ora por el borde de la carretera. Los últimos quince kilómetros son una ruleta rusa. Llego a Malda, la segunda ciudad en importancia de Bengala Occidental.



Un templo no siempre está emplazado en un lugar elegante y tranquilo...

La habitación del hotel es cutre, hace frío y el ambiente general es sórdido. Otro agujero sin glamour. Estoy molido, triste y desanimado. En días como hoy es cuando me pregunto por qué hago esto. Da igual la respuesta que me dé, porque estoy aquí, en el culo del mundo, y aunque no me gusta, me tengo que aguantar. Mi trabajo ahora mismo es sobrevivir y escapar. Ya no se trata de los exploradores, el libro, los videos o el Facebook. Mi cuerpo aguantará y mi cerebro resistirá porque saben que la misión es salir con bien de ésta. Hay algo de locura en meterse voluntariamente en el infierno, pero en situaciones así todo se simplifica enormemente. No tengo a quien acudir, no hay solución alternativa, ningún teléfono mágico al que llamar. Dependo de mí, de mi sangre fría y mi tesón. Ante el abismo me crezco porque de nada sirve desesperarme, llorar o maldecir. Ya me ha pasado antes. Me convierto en superviviente. Mis sentidos se afilan y siento menos cansancio, dolor, miedo o preocupación. Despierto al alba. Salgo pronto bajo un cielo plomizo y ominoso. Sin el sol, esto es sólo mugre, barro y polvo. El GPS se desorienta y no encuentra el camino.

INFORMACIÓN ÚTIL

Requisitos personales

Pasaporte con seis meses de vigencia y visado obtenido previamente.

Requisitos del vehículo

Carné du passage expedido por el RACE.

Alojamiento en Gokarna

Namaste Cafe. Buen ambiente, platos abundantes, inmejorable ubicación en el extremo de la playa de Om. www.accommodation-gokarna.com/

Alojamiento en Chennai/Madras

Hotel Majestic. Sin encanto, pero bien situado. A 100 metros de la playa y de la basílica de Santo Tomás. Es de los pocos establecimientos económicos que sirven comida y alcohol. www.hotelmajesticpark.com

Comer en Chennai/Madras

El mejor pescado y marisco, en Fisherman Fare, barrio de Egmore. No sirven cerveza. http://chennai.burrrp.com/listing/fishermans-fare_egmore_chennai_restaurants/197386712

Alojamiento en Calcuta

Hotel Viterrace International Shambu Nath Pandit Street Sarat Bose Road, 700020 Calcuta
Comer: Restaurante Lazeez. Shambu Nath Pandit St. +91 33 2223 3254

Visita obligada

Victoria Memorial Garden: www.victoriamemorial-cal.org
Casa Madre Teresa Bose Road, 54A, +9133 2452277

Estos mapas no son muy modernos y las obras o los desastres los convierten en inútiles. Ya no sé dónde estoy. Los paisanos asienten. "Se va por ahí", me dicen, por un camino de cabras que no se sabe lo que puede alargarse. Lo cojo y se alarga nada menos que 100 km sin asfaltar. A 60 km de la frontera sobrevuelo las irregularidades y adelanto a todo el mundo. Cuando consigo llegar a la linde son las tres de la tarde. He batido un record: 300 km indios en siete horas. Me voy superando. El paso fronterizo es caótico, congestionado y ruidoso. Cruzo el puente, me recibe una gran puerta blanca con torres y cúpulas y estoy en Nepal. Siento un infinito alivio. He escapado con vida del terror indio. Aborrezco ese tráfico, pero no me quejo de la experiencia. Mañana estaré en Katmandú y veré el Himalaya. Sólo por eso ha valido la pena. ●